



- ◆ Trabajo realizado por el equipo de la Biblioteca Digital de la Universidad CEU-San Pablo
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 de la M.T.R.L.P.I. (Modificación del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 7 julio del 2006)

UNA RESIDENCIA PARA LA FORMACIÓN DE PERIODISTAS CRISTIANOS

Juan Cantavella

Catedrático de Periodismo
(Universidad CEU San Pablo)

Iniciativas específicas para la formación de periodistas cristianos pueden contarse con los dedos de una sola mano, al menos hasta que, en fechas recientes, se facilitó la creación de Universidades privadas y surgieron varias de inspiración e ideario católico. En el pasado lo fueron, por supuesto, los dos centros de enseñanza que, para preparar a estos profesionales, puso en marcha Ángel Herrera Oria: la Escuela de Periodismo de *El Debate* (1926) y la Escuela de Periodismo de la Iglesia (1962), de donde derivaría, como es sabido, la implantación de la carrera de Periodismo en las Universidades privadas con el sello CEU: San Pablo de Madrid, Cardenal Herrera de Valencia y Abat Oliba, de Barcelona (que tienen como timbre de honor el ser continuadoras de aquellas loables instituciones). También tuvieron este carácter confesional el Instituto de Periodismo del Estudio General de Navarra (1958), que después se convirtieron en Facultad y en Universidad, respectivamente, y la Escuela de Periodismo de la Iglesia de Barcelona y Valencia.

De todas ellas se ha hablado y escrito con alguna frecuencia, aunque no tanto como merecen los esfuerzos

que pusieron destacados compañeros y maestros y los resultados obtenidos. Sin embargo, ha pasado desapercibida la creación y funcionamiento durante casi cuarenta años de una residencia que albergó en Madrid a un grupo de estudiantes de periodismo, mientras cursaban los estudios en cualquiera de las instituciones de enseñanza de esta materia, existentes en la capital durante cada época (la Escuela Oficial de Periodismo o la Escuela de la Iglesia, y la Facultad de Ciencias de la Información de la Complutense, mayoritariamente; pero también en las privadas que se crearon en los últimos años, la Universidad CEU San Pablo o Antonio de Nebrija). Más de dos centenares de muchachos (siempre fue exclusivamente masculina) pasaron por aquella casa y se involucraron en diferente medida en el modelo de periodista cristiano que allí se intentaba formar.

La persona que encarnó durante todas esas décadas el alma de la institución ha sido el sacerdote y periodista donostiarra Manuel de Unciti y Ayerdi, quien fundó la Residencia Azorín (al principio, Luis Vives), junto con algunos compañeros de curso, durante los años en que todos ellos cursaban la carrera de Periodismo y que se vio obligada a cerrarla hace cuatro o cinco temporadas por causas diversas, de las que nos ocuparemos después. Sin la ilusión de aquel, sin sus esfuerzos, dedicación y aportaciones económicas nada hubiera sido posible: él fue el mentor y el espíritu de aquella Residencia que mantuvo contra viento y marea mientras fue posible, pero llegó un momento en que no pudo continuar con esta labor, sin que la mayoría de quienes hemos convivido dentro de sus muros hubiéramos podido concebir la permanencia de otra persona al frente de ella. El cura

Unciti (o simplemente Manolo) era la Residencia y ésta no se podía desvincular de su figura.

Comencemos, pues, por describir su trayectoria humana, sacerdotal y periodística. Manuel de Unciti, nacido en San Sebastián el 1 de enero de 1931, ingresó a temprana edad en el seminario de su diócesis y, concluidos los estudios en el de Vitoria, recibió la ordenación sacerdotal el 29 de junio de 1954. Después cursó estudios superiores en Roma y en París. Se licenció en misionología y ha estado vinculado durante toda su vida con las Obras Misionales Pontificias, a las que ha servido con tesón, perseverancia y entusiasmo durante más de treinta y cinco años: allí ocupó los cargos de secretario nacional y director de las revistas *Pueblos del Tercer Mundo* e *Illuminare*, donde publicaba multitud de artículos, al tiempo que viajaba por toda España para pronunciar sus conferencias de animación misionera. En realidad, durante décadas fue el sustentador ideológico de una celebración eclesial y popular, como ha sido el Domund, en la Iglesia y en la sociedad española.

En los años sesenta cursó los estudios de la Escuela Oficial de Periodismo de Madrid (concluidos en 1966) y después fue responsable de la información religiosa en las páginas del diario *Ya* (1970-1981), tarea en la que sucedió a ilustres figuras de la Iglesia española, como Pedro Cantero Cuadrado (después arzobispo de Zaragoza), Antonio Montero (después arzobispo de Mérida-Badajoz) y Jesús Iribarren (más tarde también prelado y secretario general de la Conferencia Episcopal Española). Pero sus colaboraciones periodísticas, entonces y después, no se detuvieron ahí, porque han sido abundantes

las revistas en las que ha desgranado sus escritos: durante mucho tiempo fue responsable de la sección «Iglesia en España» del semanario *Vida Nueva* y firma habitual de publicaciones como *Cáritas*, *Familia Cristiana*, *Sal Terrae*, *Misión Abierta*, *Exodo*, *Ecclesia* y *Reinado Social*. Durante algunos años ha participado en la tertulia semanal «La linterna de la Iglesia» de la Cadena COPE. Por razón de su ministerio sacerdotal o de su profesión de periodista ha visitado diversos países de Africa, Hispanoamérica y Asia y ha publicado numerosos libros, como *África en el corazón*¹, *Sangre en Argelia*², *Amaron hasta el final*³, *Los comienzos de la gran aventura*⁴ y *Teología en vaqueros*⁵. Aún ahora, a pesar de sus achaques de salud, se hace presente en revistas y diarios, señaladamente en las páginas de opinión de *El Correo*, de Bilbao.

Fue profesor de Teoría de la Información y de Ética y Deontología Profesional en la Escuela de Periodismo de la Iglesia. También enseñó Misionología, Doctrina Social de la Iglesia y Cristología en la Escuela Nacional de Catequistas de las Juventudes Marianas Vicencianas. Una vida rica en actividades y fervorosamente entregada a dos grandes pasiones como parte de su ministerio sacerdotal: las misiones, donde puso inmensas dosis de trabajo e ilusión, como los grandes vascos y navarros con los que colaboró (Ángel Sagarmínaga, Joa-

¹ Madrid, PPC, 1994.

² Madrid, PPC, 1996.

³ Zaragoza, Edelvives, 1997.

⁴ Bilbao, San Sebastián y Vitoria, Misiones Diocesanas Vascas, 1998.

⁵ Madrid, PPC, 2000.

quín M. Goiburú, José M. Larrauri...), y la prensa, puesto que toda su vida se consideró un periodista más, aunque siempre volcado en la información religiosa o, al menos, en una iluminación religiosa de la actualidad. En esa línea se sitúa uno de los proyectos más ardorosamente acariciados por él en los años de la transición: el semanario *Mañana*, que nunca vio la luz a pesar de las horas y el entusiasmo que le dedicó y a pesar de tantas personalidades y profesionales a los que quiso involucrar (posiblemente el desmontaje del proyecto tuvo mucho que ver con la distancia que tomó de él la Iglesia institucional, sobre todo algunos consejeros de su máximo representante, el cardenal Enrique y Tarancón)⁶.

⁶ Estaba convencido de que eso era lo que estaba necesitando la Iglesia española ante lo que se le venía encima. Consultado para una encuesta que llevó a cabo el semanario *Ecclesia*, «Ante la renovación de cargos en la Conferencia Episcopal» (3 de enero de 1981), respondía: «Es más difícil pronunciarse sobre las prioridades pastorales en que debería concentrarse el esfuerzo de la Iglesia española. Entiendo que la prioridad de las prioridades es no dar por cosa hecha que millones de españoles están ya fuera de la acción de la Iglesia y que nada puede hacerse para su evangelización. Hay que llevar la Iglesia a esos millones de poscristianos. Y hacerlo antes de que sea demasiado tarde. ¿A través de los medios de masas, como semanarios y otras publicaciones editoriales? Creo que sí, pero a condición de realizarlo con gran estilo y modernidad, con gran apertura social, con un propósito sincero con la cultura moderna» (p. 20). Esa era su idea, pero evidentemente no la de otros y, al no encontrar el eco que necesitaba, se quedó en nada.

MISIÓN DE UN CREYENTE VASCO

Pero falta que detallemos una vertiente que a la postre devino fundamental en su existencia durante décadas, porque mientras desarrollaba la ingente actividad que acabamos de consignar regentó la Residencia Azorín, aquel centro formativo que tantas preocupaciones le suponía, pero al mismo tiempo no consideró ni por un momento que no mereciera la pena seguir luchando con la tenacidad, la fe y la seguridad en su misión que es propia de un creyente vasco, tan arraigado como sus mayores en estas dos vertientes de su recia personalidad.

Y eso que su tarea no fue fácil en ningún momento. Tenía que lidiar con una muchachada nada propicia a las complacencias, porque se encontraba en la edad de todas las rebeldías y del tanteo de los caminos propios. Cuando no era un conflicto era otro, pero la vida no era precisamente apacible para él, siempre pendiente de cada uno de los que vivían en su casa, de la marcha de sus estudios, de su vida afectiva, de la búsqueda de la realización profesional que, durante aquellos primeros años era relativamente fácil de encauzar, pero que se fue complicando paulatinamente hasta llegar a una situación de serias dificultades en la última década del pasado siglo. Mas cada uno de los quince, dieciséis o diecisiete estudiantes que compartían su vida con él era una especie de hijo sobrevenido al que intentaba atender y acompañar como si lo fuera de verdad. Y al que no dejaba de asistir hasta que no le viera colocado... y casado (pero tampoco después, como nos toca hacer a los padres). En suma, como le gusta decir, «recrear una familia». Y eso se traducía en algo muy grato a su mentalidad y mane-

ras, que «la casa tenía que oler a puchero»⁷, y advertía al servicio que nunca riñeran a un chico por entrar en la cocina a media tarde, cuando estaba estudiando y le entraba hambre, porque tenía que actuar con la tranquilidad y espontaneidad que empleaba cuando vivía con los padres.

Siempre quiso que todos los que estaban a su alrededor se sintieran como en su propia casa y por eso incitaba a que trajeran a sus amigos y amigas a la mesa y a las tertulias. La comida en común era esencial, tanto que si alguien lo evitaba significaba a su juicio que no estaba muy interesado en esa convivencia. Le gustaba, por su parte, visitar a las familias de los chicos, pues conocer a los padres y el hogar en que se habían desenvuelto le ayudaba a calar en su personalidad. En ese sentido aprovechaba las conferencias y celebraciones religiosas, a las que era invitado constantemente, para entrar en contacto con ellos, con los que desbordaba cordialidad, a pesar de su innata timidez.

En el terreno religioso todos asistían a las misas dominicales en una capilla cercana y el que lo deseaba a la de cada día, un poco antes de la cena. Años después vendría la misa en el salón de la casa, respondiendo a la indicación conciliar de que el hogar y la familia se configuraban como una iglesia doméstica. En las homilias se explicitaba el comentario evangélico y los mensajes que le parecían convenientes para la formación de sus pupi-

⁷ Era una idea que luego infundiría a los que se iban casando, porque en su concepción del hogar figuraba el guiso realizado pausada y amorosamente, que después era compartido por todos los miembros de la familia en amor y compañía (sin televisor, claro).

los. Pero era en el diario convivir, en la larga mesa del comedor o en los sillones del salón, donde tales lecciones descendían a terrenos más concretos: allí resplandecía lo que era su forma de transmitir a los demás, pues sin poner paño al púlpito trataba de aplicar criterios cristianos a la realidad de cada día. Todavía se recuerda, además, su empeño en que todos leyeran algún libro religioso con ocasión de la Cuaresma, por ejemplo.

Al principio se instaló en una casita de la calle Francos Rodríguez de Madrid con sus compañeros Homero Valencia, Miguel Ángel Velasco, Juan Antonio Pérez Mateos y Juan Antonio Rodríguez Couceiro. Muy poco después, en atención a la demanda que se había creado, se trasladó a la ubicación que resultaría definitiva, un chalet de dos plantas y amplio jardín situado en el número 4 de la calle Rosa Jardón (en el distrito madrileño de Chamartín, relativamente cercano a la sede de la Escuela Oficial de Periodismo, en la calle del Capitán Haya, a donde se podía acceder andando sin mayores esfuerzos). Cuando las aulas pasaron a la Ciudad Universitaria, lógicamente cambió en gran medida esta relación, porque ya había que recurrir al transporte público, aunque también llegaron los coches particulares, que en los comienzos se limitaban al Seat 850 del cura. La búsqueda de residentes solía ser una tarea de todos los veranos: había que rellenar las bajas que se producían a finales de curso, porque algunos concluían los estudios; otros optaban por cambiar de aires, pues alguna razón les alejaba de las exigencias de aquella casa o preferían campar a su libre albedrío en un piso de estudiantes, y algún otro era invitado a que hiciera lo mismo, cuando el director estimaba que su comportamiento o sus plan-

teamientos no era coincidentes con lo que él consideraba el mínimo exigible. No era fácil encontrar a los candidatos: tenían que ser necesariamente aspirantes a periodistas, de fuera de Madrid, que aceptaran el compromiso de formación en el ámbito profesional, humano y religioso que allí se proyectaba. Algunos encontraban de esa manera lo que andaban buscando y no sabían que podía existir. Otros salían huyendo...

Su relación con los residentes se basó siempre en el compañerismo y la formación venía dada por el día a día: el testimonio personal, de una persona que aunaba sus creencias cristianas con la dedicación periodística era el ejemplo constante que teníamos ante los ojos, pero a ello se sumaba la incitación a que encontráramos nuestro camino por esta vía. La lectura de los periódicos, el comentario que se desprendía de ellos, las clases en la Escuela, el relato de las experiencias de quienes ya se encontraban trabajando, el contraste vivo entre las ideas políticas y sociales de cada uno (la militancia en grupos clandestinos en algún caso, juntamente con el antifranquismo que se mascaba, por otra parte muy normal en los ambientes universitarios de la época)... se iba sumando y creaba un caldo de cultivo que resultaba sumamente enriquecedor. Exigía buenas notas en los estudios de periodismo y también que se complementara esta formación con el abordaje de otra carrera: en verdad la mayoría la empezaba, pero eran pocos los que llegaban a concluirla, pues el afán de trabajar en los medios se apoderaba de los más, en cuanto llegaban a los años finales.

A todo ello hay que añadir dos elementos que a la postre contribuían vivamente a que se dinamizara la vida de los que allí vivíamos y a que se consolidara

nuestra formación en las dos líneas arriba apuntadas: por una parte, la constante charla —en la mesa y fuera de ella— que se manifestaba de una manera muy viva, como correspondía a la edad de los presentes; de esa forma se daba un repaso a las cuestiones personales, a la actualidad y a los grandes temas que se hallaban presentes en la vida de los españoles de cada momento. Todo ello moderado o espoleado por el director que no dejaba nunca que las conversaciones languidecieran y cuya habilidad dialéctica era admirable (y a veces temible).

Por otra parte, hay que anotar que por aquella residencia desfilaban multitud de personajes de la vida española de todos los órdenes: desde el ministro Fraga al director general de Prensa, Manuel Jiménez Quílez; desde algunos de los principales obispos españoles (Tarancón, Setién, Iniesta, Montero, Benavent, Cirarda, Sánchez...) a directores y responsables de los diarios nacionales más significados (Luis M. Anson, Miguel Ángel Gozalo, Jiménez Lozano, Luis A. de la Viuda, Aquilino Morcillo, Bartolomé Mostaza); desde el corresponsal del diario *Le Monde*, José Antonio Novais, o el jesuita José M. de Llanos al jefe de prensa del Opus Dei, Luis Gordon, o al antiguo director general de Prensa, Juan Aparicio... Con todos ellos se establecía un diálogo vivo y productivo, porque se les podía escuchar en todo aquello que tenían que decir, pero a los que también se les podía interrogar y hasta expresar el disenso (en la medida en que lo permitían las circunstancias o la fuerte personalidad de algunos). No cabe duda que tales encuentros eran muy provechosos y contribuían vivamente a la formación de los residentes.

INTENTOS DE CIERRE

No todos veían con la misma benevolencia la existencia de aquel centro y las autoridades gubernativas seguían muy de cerca los que se creaban espontáneamente y no estaban tan ceñidos a la represiva reglamentación de la época. Sin que aquello fuera precisamente un nido de «rojos» o de rebeldes contestatarios, hasta el año 1975 se vivieron al menos tres intentos policiales de cerrar la residencia. La primera fue en sus comienzos, cuando ya se habían trasladado a la ubicación definitiva: dejaron la anterior, que pasó a ser ocupada por otro cura vasco con sus pupilos, al parecer activistas de alguna manera contra el franquismo y por las libertades de su tierra⁸. Algunos contratos a nombre del anterior inquilino no habían sido cancelados, sino que se los subrogaron los nuevos, por lo que cuando la policía tiró del ovillo apareció un nombre que se pusieron a investigar (su «invento» nos disponía de papeles). Consecuencia: apercebimiento para que en tres días liquidaran aquel experimento y cerraran la casa. El cura Unciti tuvo que moverse para impedirlo y lo consiguió con ayuda del antiguo ministro de Asuntos Exteriores, Alberto Martín Artajo (miembro eximio de la

⁸ En un recorrido sobre los comienzos de la banda ETA se habla de «las actividades del grupo que se celebraban en torno a un chalet de una colonia hoy desaparecida junto a la calle Francos Rodríguez. Entre sus inquilinos no faltaba el cura, un joven discreto y sensible, Martín Garín... Era él quien tomaba la iniciativa de los actos que periódicamente reunían en el chalet a notables ya consagrados o en gestación de la cultura vasca...» (Antonio Elorza, coord.: *La historia de Eta*. Madrid, Temas de Hoy, 2000, p. 14). Evidentemente no existía ninguna conexión entre un cura y otro.

Asociación Católica de Propagandistas y siempre valor de la Editorial Católica).

El siguiente intento de cierre vino también de alguna inspección policial, que constató que carecían de licencias administrativas para la numerosa concurrencia que allí habitaba. En pocos días tenían igualmente que desalojarla y en esta ocasión el director acudió también a lo más alto, nada menos que al propio ministro de la Gobernación, Garicano Gofi. Salió de la audiencia con un permiso bajo el brazo. Se había logrado de nuevo la continuidad, aunque era consciente que tendría que seguir balanceándose sobre el alambre.

En un tiempo en que no se permitían concentraciones de más de tres personas sin permiso gubernativo, la autoridad no iba a consentir que se mantuvieran en pie centros como aquel: los estudiantes eran por entonces entes peligrosos y de esa norma no escrita no se iban a escapar la docena y media de estudiantes de periodismo que convivían en el chalet vetusto de una calle marginal, donde entraban y salían muchos compañeros de una forma harto sospechosa. Supongo que en aquellos años finales del franquismo la vigilancia fue constante y varios residentes fueron detenidos (aunque ninguno procesado ni, claro está, condenado). Por ejemplo, fue llevado a comisaría, y más tarde pasó una temporada en la cárcel de Carabanchel, Lino Mondragón (en uno de los periódicos estados de excepción que el régimen decretó). También fueron detenidos en ocasión bastante posterior (ya era en los meses siguientes a la muerte de Franco) Antonio Lorca, Emilio Zuñeda, Pedro Ontoso, Miguel A. Rosado, Manu Mediavilla... Como antiguo residente aún recuerdo un registro que sufrimos por parte de la

Brigada Político-Social en octubre de 1969 (había comenzado mi primer año entre aquellos muros): una madrugada nos sacaron de la cama entre palabras hostiles para proceder a la identificación de cada uno de nosotros. Por fortuna aquello no pasó de allí (más que una redada genérica, debían ir a la búsqueda de un «subversivo» concreto: no lo encontraron). Sinceramente, y atendida la escasa actividad antifranquista que yo podía percibir a mi alrededor, tanta severidad no se hallaba justificada. Pero los tiempos conducían a tales excesos.

Otro punto importante es el que hace referencia a la consideración que recibió por parte de la Iglesia. Aquella residencia tuvo siempre el reconocimiento de los obispos responsables de los medios de comunicación social y sus palabras respecto a la labor del padre Unciti y a la marcha de su iniciativa, en todas las etapas de su existencia, no pudieron ser más encomiásticas, lo que era muy de agradecer, pero la verdad es que tampoco pasaron de ahí. Tal vez si se hubiera gestionado algún título, alguna especie de aceptación institucional, se hubiera llegado a obtener; no estoy seguro, pero tal vez sí. El caso es que, si se produjo algún acercamiento en ese sentido, no llegó muy lejos. Quizá es que no había precisamente entusiasmo por ninguna de las partes en que se llegara a ello (en realidad no estoy en condiciones de afirmarlo ni de negarlo), pero la cosa no cuajó de ninguna manera.

Lo que no hubo es ninguna contribución económica reglada para su sostenimiento. Y bien que se hubiera necesitado. Los que vivíamos en aquel centro pagábamos una cantidad mensual durante los meses del curso, que se situaba en una banda bastante inferior a lo que pagaban los universitarios que se alojaban en colegios mayores,

pero cuando llegaba el verano la casa se quedaba prácticamente vacía, pues sólo era habitada por los pocos que trabajaban o hacían prácticas en los medios, mientras que los gastos fijos (alquiler, servicio) permanecían invariables. A todo ello hacía frente el director con todo su sueldo, incluida la paga extraordinaria que recibía por su trabajo en las Obras Misionales Pontificias. La única subvención que se le otorgó en todo el tiempo de su existencia provino de la Editorial Católica, gracias a la bonhomía y magnanimidad de su consejero delegado de Administración, Mariano Rioja, y por sugerencia de mons. Montero: eran cantidades variables, entre quince y veinte mil pesetas las que se recibieron en tres o cuatro ocasiones durante la década de los años setenta y que fueron suprimidas en cuanto éste dejó el cargo.

El que no se produjera nunca ni un reconocimiento oficial ni el establecimiento de una línea de ayuda económica por parte de los obispos habla bien claro del poco aprecio que despertaba en ellos el trabajo del director y la desconfianza que suscitaba en la jerarquía su «progresismo» ideológico (y probablemente también la voluntad de independencia que le ha caracterizado siempre, además de su alergia a la burocratización que llegaría a continuación: ideario, reglamento, etcétera). A pesar de ello no podemos dejar de mencionar que por dos veces le fue concedido el premio «¡Bravo!» de la Comisión de Medios de Comunicación Social de la Conferencia Episcopal Española (en 1990 y en 2003⁹): de alguna

⁹ En la primera ocasión le fue concedido «por su esforzada dedicación a la formación de jóvenes periodistas cristianos en la Residencia Azorín, de Madrid» (*Familia Cristiana*, nº 13, 1990). En la segunda

manera fue un reconocimiento oficial a su labor. No recuerdo el motivo principal de la primera concesión de este galardón, pero sí de la segunda, cuando algunos antiguos residentes intervenimos para solicitar que el jurado le tuviera en cuenta en unos momentos en que una enfermedad crónica (derivada de su antigua condición de fumador compulsivo) le tenía bastante limitado. A pesar de su actitud crítica respecto a la Iglesia oficial y a los artículos que en ese sentido redacta con inusitada frecuencia, la acogida fue generosa y el resultado estuvo en consonancia con lo solicitado.

A estas alturas se puede decir que el número de antiguos residentes que han derivado hacia la información religiosa dentro de su dedicación periodística es realmente elevada. Hay publicaciones en las que desde hace muchas décadas han estado sustentadas por redactores de esta procedencia o simplemente han visto pasar por sus redacciones a alguno de ellos. Pienso en Miguel Ángel Velasco, director del suplemento *Alfa y Omega* (que se reparte conjuntamente con el diario *Abc*); Tomás Fernández Martín, subdirector de *Pueblos del Tercer Mundo*; Carlos Veira, director de *Más*, de las Hermandades del Trabajo; José Antonio Álvarez Gundín, que comenzó en las páginas religiosas del mismo *Abc* (en tiempos de José Luis Martín Descalzo); Emilio Zuñeda, que trabajó en el diario *Ya* y en el semanario *Ecclesia*;

fue el premio especial del jurado y expresamente se valoraba «su servicio comunicativo en la animación misionera, en la formación periodística, tanto en la docencia como mediante el gran servicio de la Residencia *Azorín*, por él creada, para estudiantes de Periodismo, y en su quehacer en la UCIP, en los diarios *Ya* o *El Correo* y en la cadena COPE» (*Alfa y Omega*, 26 de junio de 2003).

Eloy García, que pasó por *Ecclesia*, *Familia Cristiana* y *Reinado Social*; Alfonso de Blas, director de *Misioneros Tercer Milenio*; Anxo Arrivi, director del mensual *Cáritas*; José Lorenzo, director de *Más* y redactor de *Vida Nueva*; José Ignacio Rivarés, redactor de *Ecclesia*; Faustino Catalina en la Cope o yo mismo que, sin ocuparme propiamente de información religiosa, ocupé puestos destacados en el diario *Ya*, de la Editorial Católica; dirigí el diario *Menorca*, el único en España que es propiedad de la mitra; fui subdirector de *Pueblos del Tercer Mundo* y colaboré en revistas como *Vida Nueva*, *Sociedad/Familia*, *Cáritas* o *Más*.

EN TODOS LOS MEDIOS

Pero esta es una pequeña muestra de más de doscientos estudiantes de periodismo que a lo largo de esos casi cuarenta años fueron pasando por la Residencia Azorín (lo que no quiere decir que todos ellos concluyeran en ella los estudios). En la actualidad se hallan repartidos en toda clase de medios del país, en prensa sobre todo, pero también en las radios y en las televisiones. Algunos se hallan jubilados, como el propio P. Unciti, mientras que otros ni siquiera alcanzan los treinta años, porque llegaron en la última etapa. Imposible nombrarlos uno a uno, pero baste citar a los directores de cine Imanol Uribe y José Antonio Quirós; a Joaquín Marín, antiguo director del diario *Sur*; José Antonio Álvarez Gundín, subdirector del diario *La Razón*; Antonio Lorca, antiguo subdirector de *El Correo de Andalucía*; Francisco Rosell, director de la edición de *El Mundo* en Sevilla; Ama-

dor G. Ayora, director del diario *El Economista*... «No hay un solo medios de comunicación importante en España en el que no haya alguien que no pasara por la residencia Azorín —ha escrito Francisco Correal y no hay exageración en sus palabras—. Ganadores del Ondas, como Pedro Erquicia (...), ganadores del Goya, como Javier Aguirresarobe. Directores de periódico, subdirectores, corresponsales en el extranjero o en el extrarradio, cronistas de fútbol y críticos taurinos, responsables de grupos periodísticos y tropa común»¹⁰. Supongo que no todos quieren recordar esta juvenil adscripción, porque naturalmente en un colectivo tan numeroso tiene que haber de todo, pero lo que no podrán negar es que en un momento determinado de su vida optaron por comenzar su formación en esta residencia universitaria y cristiana.

El P. Unciti estaba convencido (no sé si ha cambiado de opinión a estas alturas) de que la fórmula de una residencia confesional era la apropiada para formar periodistas cristianos, superior a su juicio a confiar esta tarea a las Facultades de Comunicación que pudieran crearse en las Universidades de la Iglesia. En este sentido podemos desempolvar un texto suyo que tiene ya 35 años de vida, cuando se anunciaba que la Universidad Pontificia de Salamanca iba a disponer de estudios de Periodismo. «Una pregunta se impone —escribía comentando esta noticia—: ¿es necesaria esta nueva creación de una Facultad? ¿Hay dinero para sostenerla en un nivel de dignidad no solo parangonable con la Facultad o Facultades civiles de periodismo, sino por encima de ellas? ¿Qué se

¹⁰ Francisco Correal (2003): «Padre no hay más que dos», en el *Diario de Sevilla*, 18 de diciembre.

pretende conseguir con esta Facultad?

La creación de la Escuela de Periodismo de la Iglesia, sucesora de la iniciada por 'El Debate', respondió a la voluntad de formar periodistas cristianos. Lamentablemente, el propósito, en grandes extremos, no pasó de propósito. Los alumnos acudieron a la escuela en buen número por motivos circunstanciales de carácter académico. En muy pocos casos, por razones de encontrar en ella el talante cristiano necesario para la profesión. La masificación estudiantil ha hecho imposible prácticamente el logro de una formación específicamente cristiana de los alumnos de periodismo en la Escuela de la Iglesia. Y hay fundados temores de que la pretendida creación de una Facultad de Periodismo de la Iglesia no logre, por la misma razón, su objetivo confesional.

Y si este objetivo confesional no se alcanza, ¿para qué queremos una nueva Facultad de la Iglesia? La realidad actual en el campo de la enseñanza del periodismo en España indica que ese frente está ampliamente cubierto con las Facultades de Madrid, Barcelona y Pamplona y que, incluso, se presenta ya hoy un problema de saturación de alumnos de periodismo. Sobran periodistas y sobrarán aún más, en un futuro bastante inmediato, cuando España entre en la dinámica empresarial periodística del mundo moderno. ¿A qué, pues, crear una Facultad de Periodismo de la Iglesia?»

Y la conclusión dejaba bien claro su pensamiento: «Hay quienes, ante este problema, sugieren la conveniencia de que la Iglesia, en lugar de una Facultad de Periodismo, cree un centro de formación de militantes cristianos para aquellos alumnos de las Facultades civiles de Periodismo que lo desearan. No sería un centro uni-

versitario, sino un centro apostólico para universitarios de periodismo. Y eso, ¡sí que es necesario y urgente!»¹¹ A la vista de cómo han evolucionado los acontecimientos no deja de ser coherente su postura y bastante acertado su diagnóstico.

La abundancia de demanda de plazas que se vivió en determinadas épocas, cuando la mayor parte de quienes deseaban cursar la carrera de periodismo tenían que hacerlo en Madrid y no resultaba fuera de razón el manifestar su opción por la formación cristiana, llegó un momento en que tuvo también su declive. Y las razones son variadas, tanto académicas como sociológicas, y hasta tiene que ver con la galopante secularización que se ha producido en la sociedad española. En la última década han surgido tantas Facultades de Ciencias de la Información en prácticamente todas las regiones, que son pocos los alumnos a quienes les resulta imprescindible desplazarse y, por lo tanto, sólo en contadas ocasiones necesitan un lugar que les cobije en la capital. Por otra parte, también ha disminuido considerablemente la cantidad de universitarios que se manifiestan dispuestos a recibir una formación confesional; algunos de ellos, al serles presentada esta exigencia, la relacionaban inmediatamente con el Opus Dei y así lo inquirían, como si solo esta organización pudiera realizar una oferta de este tipo (pero no había ninguna entidad detrás de la residencia Azorín y solo en su última etapa estuvo federada con la Unión Católica Internacional de Prensa).

Queda por último otra razón: nuestra profesión se ha

¹¹ Manuel de Unciti (1973): «Crónica de la Iglesia viva», en la revista *Iglesia viva*, nº 44-45, p. 240.

feminizado de una forma más que notable (más de la mitad de los matriculados en las Facultades son mujeres) y esta residencia ha tenido siempre un carácter masculino. Lo fue en todas las épocas, aunque podría haber abierto sus puertas a las chicas en la época final, cuando hasta había padres que se lo solicitaban al director de una forma insistente: no se vio con fuerzas éste, cuando apreciaba que se hallaba en una etapa terminal de su proyecto, para introducir tal innovación. Quizás se daba cuenta de que no podía prolongar su oferta durante muchos años y se resistió al cambio, tal vez porque percibió que una casa tan pequeña y con una relación tan estrecha entre los residentes iba a crear unos molestos problemas a causa de su conversión en mixta, a los que no sabría ya cómo hacerles frente¹². Quizás hubiera sido diferente si no hubieran concurrido las circunstancias citadas más arriba y si hubiera conseguido que otro sacerdote le diera continuidad a la obra que él inició a comienzos de los años sesenta, pero nunca encontró a un sustituto.

No hubiera sido fácil. La personalidad de Manuel de

¹² Dice Correal: «El periodismo, básicamente, se ha convertido en una obsesión femenina. Hay menos hombres; y católicos, no digamos. Eso sí que es rareza». También incide en ello José Antonio Álvarez Gundín: «Ninguna profesión como la de Periodista refleja con tanta exactitud la transformación social de España durante las últimas décadas. El dominio de las mujeres en las Facultades universitarias es abrumador (...). Por lo demás, si la Residencia 'Azorín' del maestro Unciti ya lo tenía imposible, imagínense después de lo de Leticia Ortiz: a partir de ahora habrá que declarar especie protegida al estudiante varón de Periodismo. No son tan guapos como ellas, pero en las Redacciones siempre se necesitará a alguien para cambiar los muebles de sitio» («Ellas», en el diario *La Razón*, noviembre de 2003, p. 59).

Unciti es francamente irrepitible y recoger su herencia, tarea más que ardua. La falta de salud fue el golpe final a una experiencia única e irrepitible. Pero no estamos dispuestos a que pase desapercibido el enorme trabajo que a lo largo de esas cuatro décadas llevó a cabo este sacerdote que ha entregado su vida a una labor callada, pero sumamente fructífera y digna de encomio. Como aparece en los versos del poeta:

«No callaban tus labios noche y noche,
ni tus manos cesaban en su don.

Sembrador y semilla,
Tu surco va más lejos que tus días,
Pues no verán su fruto
Tu palabra y silencio y tus esperas»¹³.

¹³ José Manuel Suárez: *En sed de alianza*. Madrid, Rialp, 2006, p. 61.